

se llamaba Tersícure, como sabeis muy bien las que habeis repasado la mitología. Ahora bien; este nombre tan rápido y saltarin, se compone de dos vocablos griegos, que significan *hechizo* el primero, y *danza* el segundo.

Considerad ahora, jóvenes amigas, que no es tan importante á este propósito una erudicion que acaba por demostraros que vuestro baile es un hechizo, y que cuando os agitais en alegre danza ocupais el rango de las bellas y celebradas musas. «La Diosa de los amores guia el coro de las Ninfas y de las Gracias,» dice en versos latinos el lírico Horacio.

No trato de haceros remontar sobre la antigüedad de los tiempos para que excudriñeis la época probable en que el baile tuvo principio; pero poco más ó ménos, yo creo que es tan antiguo como el mundo. Los libros Santos dicen que los hebreos bailaron en derredor del Becerro de Oro, de cuya danza debe ser viva copia la *Galop infernal* de nuestras mascaradas. David bailó delante del Arca; Sócrates, el filósofo austero, tomó lecciones de baile de la famosa Aspasia; los guerreros cretenses y espartanos, corrían danzando á los más peligrosos asaltos; pero dejemos á otros la resolución de estas cuestiones arqueológicas; baste deciros por ahora, que el baile ha debido nacer de determinados ademanes, expresion fiel del regocijo, la adoracion ó la alegría, así como la música de ciertos sonidos análogos, y pasando por alto pretenciosos y tal vez ingratos detalles y perfiles científicos, entremos de lleno en nuestro asunto.

El baile entre los antiguos, no era meramente una diversion, sino que constituía por el contrario una parte considerable de las ceremonias de su religion y de sus ejercicios belicosos. Platon, Sócrates, Licurgo y otros griegos ilustres, le tuvieron en gran veneracion, porque en su tiempo reglaban las costumbres sirviendo de estímulo y de intérprete á las más nobles pasiones.

Más tarde, degenera como todas las cosas humanas, y concluye por ser proscripto... pero no anticipemos las ideas. Bueno será hacer notar, sin embargo, que los hombres que en el origen de la danza se servían de ella únicamente en las solemnes ceremonias de su culto, ó para dar muestras de sus dulces sentimientos de alegría, de ternura ó de gratitud, no tardaron mucho en prostituirle, empleándole para servir de manifestacion á sus placeres más ó ménos lícitos.

¿Deberá atribuirse á semejante degeneracion la causa de que mucho más tarde demostraran tan grande menosprecio por el baile? No nos atrevemos á afirmarlo categóricamente; pero es una verdad comprobada, que despues de haber dicho Ciceron: «Ningun hombre sóbrio baila á ménos de hallarse demente,» dirige una seria reprension al cónsul Gabino por haber bailado; que Tiberio arrojó á los bailarines de Roma; que Domiciano despidió del Senado á los senadores partidarios del baile; y que Salustio echó en cara á cierta matrona romana, llamada Sempronia, «el danzar con mucha más habilidad de la que corresponde á una dama de buenas costumbres.

¿No os parece esto una exagerada severidad? ¿Seria tal

vez que Roma abrigase dentro de sus muros salones de baile que dejasen atrás los de Capellanes, La Infantil ó La Floreciente entre nosotros? ¿Seria que la danza entre los romanos estaria más perversa, y que excediera al *Cancan* moderno en impudicia y desvergüenza? Pero no condenemos en absoluto: nunca nuestros legisladores, por más rígidos que quisieran ser, podrian incurrir en la injusticia de condenar y ménos proscribir el más agradable recreo de nuestros salones de buena sociedad. Aquellos severos jueces no tenian idea siquiera de lo que son nuestros rigodones, nuestras polkas ni nuestros walses, y creemos firmemente que si Salustio, Domiciano, Tiberio y Ciceron, hubiesen podido presenciar algunos de los bailes que se celebran en el domicilio de nuestras aristócratas familias, en vez de lanzar sus terribles anatemas contra el baile, ellos mismos con toda su austeridad hubieran descendido de su pedestal de sabios para demandaros la gracia de que fuérais su pareja en alguna *schotischs* ó algunos *lanceros*...

Mas ahora advierto que me voy quedando sin auditorio: la simple relacion de todos esos bailes modernos, ha puesto en movimiento los piés de mis bellas lectoras, y todas se van deslizando para pasar una revista á los trajes que preparan para ostentar sus encantos en las próximas fiestas... No quiero deteneros: acudid, acudid; pero teniendo presente el proceder decoroso y la subordinacion completa á las juiciosas prevenciones de vuestros padres, segun os lo tiene aconsejado en diferentes ocasiones LA GUIRNALDA.

Nosotros, entre tanto, nos preparamos para disponer la terminacion de este ya cansado artículo en el número inmediato.

M.

SEIS COMPAÑEROS QUE LOGRAN CUANTO QUIEREN.

(Cuento alemán para niños.)

Érase un hombre hábil para todos los oficios: sentó, no obstante, plaza de soldado y sirvió en la campaña bravamente; mas concluida la guerra tomó su licencia con unos cuantos reales para regresar á su casa. Pero esto último no le sonreía, porque era hombre de grandes esperanzas y habia concebido la atrevida idea de obligar al rey á que le entregase todos los tesoros de su reino, si encontraba un par de compañeros solamente que le ayudaran en la demanda.

Tomó, pues, poseido de su pensamiento y lleno de valor, el camino del bosque, y ya internado en él tropezó con un hombre que acababa de arrancar de raíz con su mano seis corpulentos árboles, cual pudiera haberlo hecho con un puñado de yerba. Al ver esto le preguntó:

—¿Quieres venirte conmigo y ser mi criado?

—Con mucho gusto, respondió el otro; pero déjame antes que lleve á mi madre este hacecillo.

Y cogiendo uno de los árboles lió con él como si fuera

una sogá los otros cinco, echóse el haz á la espalda y desapareció en un santiamén.

Poco despues volvió al sitio donde habia dejado á su nuevo amo, que lleno de regocijo al ver cómo cumpria su palabra, le dijo satisfecho:—Ya verás tú cómo nosotros dos logramos cuanto deseemos.

Á no mucha distancia encontraron un cazador, rodilla en tierra y apuntando con su escopeta. El soldado le preguntó:

—¡Eh! buen amigo, ¿á quién diriges tu puntería?

—Á una mosca que se halla, dos leguas de aquí, colocada sobre la rama de un roble; y por mi vida que apuesto á que la introduzco la bala en el ojo izquierdo.

—Mucho tirar es, observó el soldado; ea, vente conmigo, y verás cómo los tres lograremos cuanto queramos.

El cazador, por toda respuesta, echó su arma al hombro para seguirle, y puestos en marcha llegaron á un paraje donde habia siete molinos de viento, cuyas enormes aspas giraban rápidamente sin que se sintiera una ráfaga de aire á derecha ni á izquierda, ni se moviera una sola hoja en los árboles. Llamóles la atención tan raro fenómeno, y dijo el soldado:

—Maldito si entiendo cómo esos molinos andan, cuando no se siente aire que pueda mover una paja.

Hablando iban los tres de tan extraña circunstancia, cuando dos leguas más léjos vieron un mozo subido sobre un árbol, tapándose con una mano una de las ventanas de su nariz, mientras resoplaba con la otra.

—¿Qué diablos soplas encaramado ahí? le preguntó el soldado.

—Á dos leguas de aquí, respondió el de arriba, hay siete molinos de viento; pues bien, soplo para hacerlos andar.

—¡Ah! vente conmigo, se apresuró á decirle el soldado; no habrá cosa á que no arribemos nosotros cuatro.

El soplador descendió de su árbol, y echó á andar con los otros sin decir más palabra.

Así caminando, al cabo de poco tiempo distinguieron un hombre que se sostenia sobre una sola pierna, teniendo la otra de que se habia despojado tendida á un lado en el suelo.

—¡Diablo! exclamó el soldado; eso es lo que se llama descansar por partes.

—Soy andarín, respondió el de la pierna en descanso, y para no correr ahora demasiado aprisa me he descolgado una pierna: cuando tengo las dos en su sitio dejo atrás á las golondrinas.

—Vente, pues, conmigo, y reunidos los cinco obtendremos cuanto queramos.

Por toda respuesta el andarín se puso con los otros en marcha, y poco despues encontraron un hombre con el sombrero ladeado tan á lo jaque, que venia á tenerle colocado sobre la oreja.

El soldado, al verle, le habló de esta manera:

—Con todo el respeto que yo os debo, permitidme, buen amigo, que os diga que hariais mejor en poner más derecho vuestro sombrero, porque tal como lo llevais os da cierto aire de perdona-vidas.

—Me guardaré muy bien, contestó nuestro hombre; cuando yo me encasqueto el sombrero como Dios manda, sobreviene al instante un frio tal, que los pájaros se hielan en el aire y caen muertos en tierra.

—¡Asombroso! exclamó el soldado; vente, vente con nosotros, que los seis reunidos alcanzaremos cuanto queramos.

Reunidos los seis compañeros arribaron á una ciudad, cuyo rey habia hecho publicar un edicto bastante singular: decia en él que todo el que quisiera disputar el premio de la carrera á su hija se casaria con ella siendo vencedor, pero que se le cortaria la cabeza si era vencido.

El soldado se presentó en la corte y preguntó si uno de los suyos podria disputar el ofrecido premio de la carrera.

—No hay dificultad, contestó el rey; pero con la condicion de que si queda vencido, tanto él como tú perdereis la cabeza.

Ordenadas así las condiciones de la lucha, el soldado manda al andarín que se coloque la pierna en su sitio, y le recomienda que se porte como era de esperar en la carrera, no descuidando medio alguno para alcanzar la victoria.

Lo sustancial del programa en aquella régia funcion era que seria considerado como victorioso aquel de los contendientes que trajese el primero agua de una fuente situada á una gran distancia del palenque.

El andarín y la hija del rey recibieron cada uno una jarra de plata y partieron, dada la señal, á un mismo tiempo; mas la princesa habria avanzado apenas veinte pasos, cuando ya su adversario se habia perdido de vista, como si el huracan le hubiera arrebatado. Así, pues, llegó en seguida á la fuente, llenó su jarra y emprendió con gran celeridad su regreso. Pero acontecióle, por su mal, que en medio del camino le asaltó el sueño, y rindiéndole la fatiga se echó en tierra para descansar un momento. Tuvo, sin embargo, la precaucion, viendo que se dormia, de poner por cabecera un cráneo de un caballo que le deparó allí el acaso, con el fin de que la dureza de la almohada le permitiera despertar más fácilmente.

Entre tanto la princesa, que continuaba con ardor su rápida carrera, tuvo tiempo tambien para llegar á la fuente y llenar su jarra. ¡Oh gozo! al volver se encontró con su adversario dormido.

—¡Soberbio! exclamó alegremente; tengo al enemigo entre mis manos.

Paróse, sin embargo, un instante sin saber qué partido tomar, porque aún no las tenia todas consigo, cuando de improviso se da una palmada en la frente, como inspirada de una gran idea, y acercándose callandito á su dormido competidor, va y ¿qué hace? vuélcale con mucho tiento su jarra por el suelo, y emprende nuevamente la corrida con mayor brio que ántes.

Todo estaba perdido para nuestros aventureros, si por dicha el cazador, que se habia apostado en una altura, no hubiera sorprendido esta crítica escena con su ojo penetrante.

—¡Ah princesa, princesa! poco te durará esa ventaja.

Y así diciendo, encarama su escopeta, dispara, y la bala va á hacer pedazos el cráneo de caballo que servía de cabecera al andarín, sin causar á éste el daño más mínimo. Despertóse sobresaltado el durmiente, y notando al instante que su jarra estaba vacía, sospechó cuanto había acontecido, y por tanto, que la princesa debía llevarle ya mucha ventaja. Mas sin perder por esto su valor, corre otra vez hácia la fuente, llena su jarra de nuevo, y partiendo en seguida como una exalación, llegó al término de la carrera diez minutos ántes que su competidora.

—Por fin, dijo entrando en el palenque, gracias á Dios que he meneado una vez las tabas con provecho.

Pero al expresarse de este modo, el pobre no contaba, como suele decirse, con la huésped; porque á todo esto el rey y su hija estaban furiosos al ver que un tal premio como el ofrecido iba á ser para un mísero soldado cumplido, y para evitarlo resolvieron deshacerse de él y de todos sus compañeros.

Después de la fiesta á que dió lugar el suceso, dijo el rey á su hija:

—Al fin he discurrido un medio: no tengas cuidado, que no escapará ni uno siquiera.

Al siguiente día, con pretexto de obsequiarles, les hizo entrar en un gabinete cuyo pavimento era de hierro, de hierro las paredes, y de hierro también las puertas y ventanas.

Elevábase en medio una mesa suntuosa, colmada de los más exquisitos manjares.

—Entrad, entrad, les dijo el rey con voz melíflua, y regalao á vuestro gusto.

Y cuando los seis se hallaban ya dentro, hizo cerrar y atrancar todas las puertas. Después llamó á su cocinero y le dió la orden de encender y sostener un fuego activo bajo del gabinete, hasta que todo él quedara enrojecido. Ejecutóse el mandato al pié de la letra, y los seis compañeros, que celebraban alegremente su triunfo disfrutando las delicias de tan opíparo banquete, empezaron á sentir calor. Por el pronto creyeron que aquello sería efecto del rico vino, que trasegaban lindamente; mas el calor subía de punto, y aumentaba, y aumentaba, hasta el grado de no poder ya resistirse. Algun tanto alarmados intentaron salirse de la pieza, y entonces echaron de ver que tanto las puertas como las ventanas estaban cerradas por fuera, y que el rey les estaba jugando una mala partida.

—No hay que apurarse, señores, ni que aporrear inútilmente estos recios muros, dijo el hombre del sombrero ladeado: bravo chasco se va á llevar el anfitrión que nos ha tendido este lazo, porque voy yo á producir un frío tal, que mal rayo para todos los carámbanos de la Siberia.

Así diciendo, coloca completamente derecho el sombrero sobre su cabeza. El calor cedió rápidamente, y de allí á pocos instantes comenzó á sentirse tanto frío en la habitación, que se helaron cuantos manjares había encima de la mesa.

Trascurridas en todo esto más de dos horas, el rey, cre-

yendo que estarían ya enteramente asados, hizo abrir las puertas, y llegó en persona á recrearse con el espectáculo de aquellos soñados chicharrones. Mas ¡cuánto no sería su asombro cuando encontró á los seis tan frescos y animados, que le decían riéndose que deseaban salir á calentarse un poco, porque allí hacia tanto frío que todos los manjares se habían convertido en sorbetes, como podía muy bien enterarse por sus propios ojos!

El rey, lleno de cólera, salió en seguida en busca del cocinero, y le preguntó por qué no había ejecutado sus órdenes.

—Señor, contestó el cuitado, yo he sostenido el fuego hasta que todo el gabinete estaba convertido en brasa; pero esos bergantes son incombustibles.

Tuvo á bien el rey disimular por entónces, y buscando siempre el modo de desembarazarse de huéspedes tan incómodos, llamó por fin al soldado y le dijo:

—Si te avienes á renunciar tus derechos sobre mi hija, te daré todo el oro que tú desees.

—Con mucho gusto, señor, respondió nuestro hombre: dadme solamente todo el oro que uno de mis criados pueda llevar de una sola vez sobre su persona, y dejo en libertad á la princesa.

El rey quedó encantado con semejante respuesta, y el soldado se despidió diciendo que volvería en busca de su oro pasados quince días. En el trascurso de ellos convocó á todos los sastres del reino, ajustándolos, para que entre todos le cosieran fuertemente un enorme saco de la más recia lona que pudo encontrarse. Cuando la obra se encontró terminada, el Hércules de la banda, aquel que arrancaba de un solo tirón con su mano los árboles más corpulentos, puso el saco sobre sus espaldas y fué á presentarse á palacio.

El rey pregunta quién es aquel vigoroso mozancon que llevaba acuestas aquel fardo de lona que abultaba como una casa, y cuando se hubo enterado del caso se quedó atónito al pensar la cantidad de oro que podía sepultarse allí dentro. Pero era preciso cumplir su real palabra, y al efecto hizo traer un tonel que diez y seis hombres vigorosos apenas podían hacer rodar; mas el Hércules, tomándole con una mano y arrojándole dentro del saco, se quejaba de que si iban llevándole tan poco, sería aquello el cuento de nunca acabar. El rey, aturdido, hizo conducir sucesivamente todo su tesoro, que pasó entero al saco, sin llenar la mitad de él siquiera.

—Venga más, gritaba el Hércules; dos migajas no bastan para satisfacer á un hombre.

Hiciéronse venir todavía setecientos carros cargados de oro de todos los puntos del reino, y el hombre los sepulta en su saco, con bueyes y todo, sin aguardar á la descarga.

—Me parece, decía entre tanto, que me veré en la precisión de tomar indistintamente cuanto me venga á la mano para llenar mi talego.

Y después que lo echó todo en aquella especie de sima sin fondo, todavía quedaba bastante vacío que llenar.

—Vaya, vaya, dijo al fin el cargador; alguna vez hemos

de acabar: bien puede uno cerrar su saco ántes de que esté lleno.

Y echándosele á la espalda mientras esto decia, fué á reunirse con sus camaradas.

Viendo el rey que un solo hombre llevaba de aquella manera toda la fortuna de sus Estados, se llena de furor y dá orden á toda la caballería de su ejército para que salga en persecucion de aquellos malandrines y les arranque el saco. Poco despues nuestros seis bravos camaradas se vieron cercados en medio del campo por varios regimientos que les gritaban:

—¡Alto, alto! Daos prisioneros y entregad ese saco con todo el oro que contiene, si no quereis veros hechos una tortilla.

—¿Qué es lo que venís gritando, gente bellaca, replicó el soplador; que nos rindamos prisioneros? Antes bailareis todos vosotros en el aire.

Y tapando en seguida una de las ventanas de su nariz, comenzó á soplar con la otra sobre aquella masa de caballería, que se vió dispersada aquí y allá, y remontada en el aire por encima de los bosques y las montañas. Un mayor veterano implora gracia, alegando que tenia nueve cicatrices, y que un valiente como él no merecia que se le hiciese pasar por aquella afrenta. El soplador se detuvo un instante, de manera que el mayor pudiera descender sin estrellarse, y ya que le vió en tierra:

—Vuelve á tu rey, le dijo, y hazle saber que si hubiera mandado todos sus vasallos de una vez contra nosotros, del propio modo los hubiera hecho yo danzar de lo lindo por el aire.

Enterado el rey de la aventura, dijo:

—Será preciso que les dejemos alejarse: esos perillanes deben ser brujos ó hechiceros.

Los seis compañeros pudieron así continuar su camino, llevándose toda aquella riqueza, que repartieron pacíficamente entre sí, pasando en la dicha y en la abundancia el resto de sus dias.

(De los hermanos Grimm.)

LELIA.

(TRADUCCION DE LA SEÑORITA DOÑA ELVIRA CORNELLAS.)

(Conclusion.)

II.

Un año trascurrido despues de la muerte de su madre, Lelia habia crecido, pero adelgazando de un modo muy notable: estaba sumamente pálida, y sus dulces ojos azules llenos de expresion, aparecian sombreados por el pardo contorno que revela el sufrimiento interior; muchas veces durante sus ocupaciones faltábanle á la pobre niña las fuerzas; ya no ostentaba su anterior viveza juvenil, y en sus movimientos solia acometerla una tos tan seca que parecia que se le partía el pecho. Santiago y Marcelino no se fijaban en nada de esto; pero las mujeres del pueblo,

cuando la veian pasar tan esbelta y tan blanca, con su preciosa cabeza inclinada hácia el suelo, la contemplaban con tristeza: ¡Pobre niña! ¡la van matando poco á poco como á su madre! decian. Lelia presentia tambien su próximo fin, y cuando llevaba flores recién cortadas á la tumba de su madre, besaba ántes de retirarse la fria losa, y decia: ¡Pronto me reuniré contigo!

Era todavía el otoño, y hacia una tarde hermosa, tranquila, llena de encanto y de armonía; Lelia estaba sentada al lado de la ventana abierta; se habia sentido mal todo el dia; sus débiles manitas habian movido con gran trabajo los utensilios de cocina; pero en aquel momento se encontraba bien, respiraba el aire embalsamado y contemplaba cómo corrian en el cielo azul las hermosas nubes de oro formando imágenes fantásticas. Despues pensó en su madre, y experimentó inmensos deseos de volverla á ver, de abrazarla, de gozar con ella la infinita felicidad de los bienaventurados que embelesaba su alma candorosa.

Marcelino entró de repente con los ojos centelleantes y los cabellos en desorden:

—¿Dónde está padre? dijo bruscamente.

—Todavía no le he visto, respondió la niña con afabilidad; y siguió con la vista fija en su hermano, que se paseaba á largos pasos derribando todo lo que encontraba delante, y profiriendo horribles juramentos.

—Viejo beodo, no estará contento, decia apretando los puños, hasta que nos encontremos arruinados; ¡si le cogiese!...

No parecia sino que estaba poseido de un acceso de rabia. Lelia no le quitaba ojo, y la pobre niña rezaba para que su padre no viniese entonces; hasta que reconociendo sus pisadas lentas y vacilantes, comenzó á temblar y se puso á rezar con más fervor. Santiago entró tambaleándose, con la mirada incierta y el aire abobado. Marcelino salió á su encuentro.

—Mal padre, le dijo casi tocándole; ¿qué ha hecho usted por la ciudad? ¿qué vergonzoso negocio ha hecho usted? ¡responda usted, que ya no quiero aguantar más; entiéndalo usted bien!

El anciano, exasperado por las injurias de su hijo, agitó en el aire los puños y le golpeó. Marcelino dió un salto poseido de rabia, dispuesto á levantar la mano impía contra su mismo padre; y hubiera acontecido algo espantoso, si la débil niña, testigo de esta horrible escena, no lo hubiera impedido. Lelia se habia levantado al entrar su padre y estaba inmóvil; mas al ver la actitud de su hermano, se lanzó con valor entre aquellos dos furiosos.

—No pegarás á tu padre, dijo á Marcelino con energía.

Este, ciego de cólera, la empujó con violencia, de modo que la pobre criatura cayó hácia atrás sobre el canto de un mueble, de donde escurriéndose, sin exhalar un grito, vino á quedar tendida en el suelo sin señales de vida. Los dos hombres se quedaron petrificados.

—¡Maldicion sobre mí! exclamó al fin Marcelino; ¡la he matado!

Y se inclinó sobre la niña con el rostro contraído y los